

ELEMENTOS COSTUMBRISTAS Y RECURSOS LINGÜÍSTICOS EN *JUANITA LA LARGA*

Cyrus DeCoster
Northwestern University

Con la excepción de un año en Madrid estudiando derecho, Valera pasó los primeros veintidós años de su vida en Andalucía. Después de aceptar el puesto de agregado bajo el duque de Rivas en Nápoles en 1847, nunca volvió a vivir en Andalucía, aunque entre 1850 y 1883 hizo más de una docena de visitas a su patria chica.

Sus sentimientos en cuanto a Andalucía eran ambivalentes. Cuando estaba fuera, evocaba con nostalgia su provincia natal, especialmente en sus cartas a los amigos andaluces. En 1893, escribió a Juan Moreno Güeto, terrateniente y varias veces alcalde de Doña Mencía: «Crea usted que yo, si no tuviese mujer e hijos, y si tuviese algún dinero, mío, mío, me encantaría de vivir ahí o en Cabra y de tener casa con muchos libros, como el Comendador Mendoza, y de no andar rondando por el mundo y cansándome demasiado, porque ya estoy muy viejo y mandado recoger.»¹

Aunque Valera siempre recordada a Cabra y Doña Mencía con afecto, cuando volvía de visita, veía las cosas como eran. La filoxera había estropeado las viñas; la pobreza y el hambre estaban por todas partes. «Esto está triste por mil razones,» escribió a su primo, el poeta y diplomático José Alcalá Galiano, desde Cabra en 1875: «porque no ha llovido y el campo está seco y los bolsillos vacíos; porque la comarca está infestada de bandidos y nadie se atreve a ir al campo sin llevar escopeteros.»² Aun las mujeres no eran tan elegantes y tan limpias como las retrataba en sus novelas. En 1880 se quejaba Valera, desde Doña Mencía, a Menéndez Pelayo: «Aquí no hay Hipatias, ni Lydias, ni judías elegantes con quien tratar. No hay más que cristianas católicas, feas por lo común y poco aseadas.»³ En sus novelas no retrataba la vida andaluza como era en el siglo diecinueve, sino una versión idealizada de ella como le hubiera gustado que fuese.

Valera veía con favor el creciente interés en el regionalismo en el siglo diecinueve que militaba contra la tendencia a centralizar en Madrid la vida intelectual, aunque al mismo tiempo deploraba los movimientos separatistas en Cataluña, el país vasco y

1 Juan Valera, «Cartas inéditas a Juan Moreno Güeto», ed. Cyrus DeCoster, *Revista de Literatura*, No. 86 (1981), p. 253.

2 «Correspondencia de don Juan Valera (1859-1905)», ed. Cyrus DeCoster, Valencia, Castalia, 1956, p. 52.

3 «Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo (1877-1905)», ed. Miguel Artigas Ferrando y Pedro Saínz Rodríguez, Madrid, Espasa Calpe, 1946, p. 72.

Galicia. Alababa el costumbrismo pintoresco de los escritores andaluces, Estébanez Calderón, Fernán Caballero, Alarcón, Narciso Campillo, Salvador Rueda y los hermanos Quintero. Escribió el justamente elogiado boceto costumbrista «La cordobesa» para *Las mujeres españolas, portuguesas y americanas* de Guijarro (1872).⁴ Con sus amigos, el conde de las Navas, el *Doctor Thebussem* y Narciso Campillo colaboró en coleccionar los *Cuentos y chascarrillos andaluces* (1896).

La acción de la mayoría de sus novelas pasa en Andalucía. Las excepciones son *Pasarse de listo* y la última parte de *Las ilusiones del doctor Faustino*, cuyo escenario es Madrid, su novela cosmopolita *Genio y figura*, donde la acción empieza en Río de Janeiro, pasa brevemente a Lisboa y Madrid para terminar en París, y, por último, *Morsamor*, la única novela histórica que terminó.

Las novelas andaluzas, que son las mejores, tienen como escenario pueblos de la provincia de Córdoba. *Pepita Jiménez* tiene lugar en Cabra, llamada «la pequeña ciudad»; *Las ilusiones del doctor Faustino* en Doña Mencía, disfrazada en Villabermeja; *El Comendador Mendoza*, en los dos sitios; *Juanita la Larga* y varios de los cuentos, también en Doña Mencía, esta vez denominada Villalegre; *Doña Luz*, en un pueblo cercano que él llama Villafría. «No hace muchos días, -escribió a Juan Moreno Güeto, -he publicado otra nueva novela, que se titula *Doña Luz*, cuya acción pasa en Villafría, lugar cercano a Villabermeja, y que podemos suponer que es Baena, o Castro del Río o lo que se quiera».⁵

En sus novelas se dedica principalmente a estudiar los problemas psicológicos de sus personajes, y la mayoría de ellos, Luis de Vargas y Pepita, Faustino, El Comendador Mendoza y Doña Blanca, Doña Luz y el padre Enrique son españoles cultos de la clase acomodada que podrían ser de cualquier región. Al contrario, las figuras secundarias, Antoñona (*Pepita*), Respetilla y el padre Piñón (*Faustino*) y el tío Gorico (*El Comendador*) son típicos campesinos de la región.

Juanita la Larga es la más costumbrista de sus novelas. La introducción de la novela empieza: «No sé si este libro es novela o no. Lo he escrito con poquísimos arte, combinando recuerdos de mi primera mocedad y aun de mi niñez, pasada en tal o cual lugar de la provincia de Córdoba. A fin de tener libre campo en que fingir una acción, no determino el lugar en que la acción pasa e invento uno, dándole nombre supuesto; pero yo creo que los usos y costumbres, los caracteres, las pasiones y hasta los lances de mi relato, han podido suceder naturalmente y tal vez han sucedido, siendo yo, en cierto modo, más bien historiador fiel y veraz que novelista rico de imaginación y de inventiva. Si no fuese porque ahora está muy en moda este género de novelas, copia exacta de la realidad..., yo daría poquísimos valor a mi obra.»⁶ Las últimas frases no deben considerarse literalmente. Valera nunca será un «historiador

⁴ Reimpreso en Juan Valera, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1958, t. III, pp. 1297-1310.

⁵ *Correspondencia de don Juan Valera*, p. 58.

⁶ Juan Valera, *Obras completas*, t. I, p. 529. De aquí en adelante se ponen las referencias a las novelas de Valera entre paréntesis en el mismo texto.

fiel y veraz.» Ninguna novela suya será una «copia exacta de la verdad.» Pero Villalegre y sus personajes están modelados sobre Doña Mencía y la gente que Valera conoció allí, aunque alteró algunos de los detalles.

Juanita y su madre, a diferencia de sus otros protagonistas, son verdaderas lugareñas que forman una parte íntegra de la vida aldeana. Sus modelos son mujeres que el escritor había conocido. Había dicho en «La cordobesa»: «Así sucedía en mi lugar con una mujer que llamaban Juana la Larga, la cual murió ya; y es muy cierto que ha dejado una hija heredera de sus procedimientos arcanos; pero el genio no se hereda, y la hija de Juana la Larga no llega, ni con mucho, a donde llegaba su madre; es mucho menos larga en todo.»⁷ En realidad la novela está basada en gran parte en las reminiscencias del autor. En 1895 escribía a Juan Moreno Güeto: «Entretanto procuro distraer mi melancolía con vagos recuerdos cabreños y mencianos, y, entretejiéndolos y combinándolos con ficciones de mi pobre fantasía, compongo la novela titulada *Juanita la Larga* que lee V. en *El Imparcial*.»⁸

Valera enumera con gran detalle y con obvia delectación los típicos platos andaluces que Juana prepara. Con pocas variaciones, las costumbres, como el escenario, son las de Doña Mencía. Cuando yo fui a Doña Mencía por primera vez en 1949, el abastecimiento municipal de agua todavía no había sido instalado y se veía a las muchachas que subían la cuesta con un cántaro en la cadera, a las bestias que bebían en el abrevadero y a las mujeres que lavaban la ropa. Tiene gracia, pero las jóvenes no aprobaron incondicionalmente esta mejora moderna, porque ya no podían charlar con sus amigas y coquetear con los muchachos en sus expediciones para buscar agua. Hay una descripción parecida de las muchachas bajando a la fuente en «La cordobesa». En *Juanita* Valera también describe detenidamente las procesiones de Semana Santa.

A Valera le gustaba contar y escuchar historietas, como indica su colaboración en los *Cuentos y chascarrillos andaluces*. Incorporó muchas anécdotas en sus novelas, poniendo así en ellas una vívida nota gráfica. En *Juanita la Larga* don Alvaro, el marido de Doña Inés, tenía a Calvete, un joven de unos quince años, en la casa para entretener a sus niños. Cuando el chico mayor tenía apenas dos años, logró Calvete enseñarle a pronunciar cierto vocablo de tres sílabas con una aspiración fuerte. Encantado con su éxito pedagógico, Calvete corrió por la casa gritando: «Señor don Alvaro. ¡Ya lo dice claro! ¡El señorito lo dice claro!» (p. 533) Inés estuvo muy enojada, pero Alvaro quedó encantado, y le dio como recompensa a Calvete un doblón. Valera ya había insertado esta anécdota en su novela inacabada *Mariquita y Antonio* más de treinta años antes.

Después del sermón del padre Anselmo castigando a Juanita por llevar a misa un vestido lujoso, hecho de la seda que Paco le había dado, Juana estaba enfurecida contra las pretenciosas hijas del escribano y su madre, la Frasquita, la viuda de un

7 *Obras completas*, t. III, p. 1301.

8 *Correspondencia de don Juan Valera*, p. 226.

humilde obrero. El escribano se había casado con ella por el dinero que ella había allegado con su habilidad para aviar pollos. Y Juana exclamó: «¡Qué tacto en aquellos dedos verdugos!... Yo preguntaría al padre Anselmo si oficio tan cruel es propio de las ricashembras.» (p. 561) Cinco años más tarde Valera contó la misma anécdota en una carta inédita a Juan Moreno Güeto.⁹

Varios detalles pintorescos contribuyen a la nota regional de la novela. En la feria los muchachos compran canutos de caña y almecinas. Después de comer la fruta, disparan soplando el huesecillo, poniendo así en peligro los ojos de los transeúntes. Se guisa con cierto producto animal, que perfuma el aire a dos leguas de distancia. El olor del pueblo es tal, que se nota mucho antes de llegar a él. En Villalegre se canta la misa con órgano, no como en otros lugares de Andalucía, donde a falta de órgano tocan la guitarra en la iglesia.

Después del sermón del padre Anselmo castigándola, Juanita decidió vestirse muy modestamente pero asearí su cuerpo con el mayor esmero. Luego recordó lo que había oído decir a un arriero en la fuente un día. Cuando servía en Córdoba a una marquesa, había visto a la criada subiendo dos enormes jarras de agua a su cuarto. Alguién le preguntó que haría él si su mujer se lavara como la marquesa. El contestó que agarraría una vara y la pondría negra a varazos por indecente.

En su artículo «El lenguaje familiar de Galdós y de sus contemporáneos»,¹⁰ Graciela y John Alfieri compararon el empleo de expresiones populares en varias novelas de Galdós con obras selectas de los otros novelistas de su generación, *El niño de la bola*, *La regenta*, *Los pazos de Ulloa*, *Peñas arriba* y *Juanita la Larga*. Naturalmente, escogieron esta obra de Valera. Galdós empleó mucho más palabras familiares que los otros, y fue fácilmente seguido de Valera. En sus novelas regionales, como *Juanita la Larga*, Valera no sólo usa expresiones castizas sino también andalucismos que, por supuesto, contribuyen a la nota costumbrista de la novela.¹¹ Estas expresiones familiares se encuentran en los pasajes narrativos, pero especialmente en los diálogos de los lugareños—Juana, Juanita y su amigo Antoñuelo, que hubiera querido ser su novio.

Una noche, cuando Paco llega a casa de Juanita antes de la vuelta de su madre, quiere entrar y Juanita se niega contestando: «Podrán decir que usted no viene a rezar el rosario conmigo; podrán creer que yo interesadamente alboroto a usted y le levanto los cascos; y podrán censurar que pudiendo ser yo nietecita de usted tire a ser su novia y tal vez su amiga. Con esta suposición me sacarán todos el pellejo a túrdigas; si llega a oídos de su hija de usted, mi señora doña Inés López de Roldán y otras hierbas, que usted y yo estamos aquí pelando la pava, será capaz de venir,

9 Carta en posesión de la nieta de Valera, Dolores Serrat.

10 *Hispanófila*, 10, No. 28 (1966), pp. 17-25.

11 Las obras de José María Iribarren, *El porqué de los dichos*, Madrid, Aguilar, 1974, y de Antonio Alcalá Venceslada, *Vocabulario andaluz*, Madrid, Gredos, 1980, además del *DRAE*, nos han sido muy útiles para identificar las expresiones familiares y andaluzas.

aunque se halla delicada y convaleciente, y nos pelará o nos desollará a ambos, ya que no envíe por aquí al señor cura acompañado del monaguillo, con el caldero y el hisopo del agua bendita, no para que nos case, sino para que nos rocíe y refresque con ella, sacándonos los demonios del cuerpo.» (p. 548)

En este párrafo vemos que los comentarios tantas veces repetidos de Pardo Bazán en *La cuestión palpitante* en cuanto al estilo de Valera, no siempre son válidos. Ella caracteriza su estilo como limpio y un tanto arcaico, y añade que «en Valera no hay Sanchos; todos son Valera.»¹² El emplea toda una serie de expresiones familiares: «Le levanto los cascos,» «me sacarán todos el pellejo a túrdigas,» el andalucismo «pelando la pava,» y los sinónimos «pelará» y «desollará.» Hay una exageración en la palabra «nietecita.» Juanita apenas hubiera podido ser la nieta de Paco, nunca la nietecita. La gente va a censurar que ella tira a ser su novia y tal vez su amiga, empleando esta palabra en un sentido peyorativo. Empieza burlándose de su enemiga de una manera ceremoniosa, «mi señora doña Inés López de Roldán,» para terminar con la frase jocosa «y otras hierbas.» Y termina con la visión cómica del señor cura rociándolos con agua bendita para sacar los demonios de sus cuerpos. La frase «señor cura» también tiene un tono burlón. Juanita usa toda una serie de expresiones familiares para acentuar que ella corre riesgo de perder su buen nombre y que va a tener mucho cuidado para no hacerlo.

Cuando Paco, desilusionado, creyó que Juanita tenía relaciones con Andrés, y desapareció vagando por la sierra, ésta temió que lo había perdido para siempre. «De todo eso tiene la culpa—interpuso Juana—esa perra de doña Inés; esa degollante que no pagaría sino quemada viva o frita en aceite.» (p. 588) Juana emplea la palabra popular, despectiva «perro,» luego el andalucismo «degollante,» antipático, para expresar su aversión por Inés. Su amenaza de quemarla viva o de freírla en aceite es tan bárbara, que, por supuesto, Juanita no hablaba en serio.

El intercalar refranes también contribuye al sabor popular. A veces usa más de un refrán para reforzar la idea. Cuando Andrés perseguía a Juanita, creía que le hacía un servicio a Paco, mostrándole que la mujer a quien pretendía, no era digna de él. «El desengaño sería cruel para don Paco, pero don Andrés se disculpaba la crueldad, recordando aquello de *Quien bien te quiere te hará llorar* y lo otro de *La letra con sangre entra.*» (p. 609) Los refranes refuerzan la excusa de Andrés por su traición.

Una vez Valera ensarta en la novela toda una serie de refranes. Después del sermón del padre Anselmo castigando a Juanita, todas las mujeres se acordaban de su origen ilegítimo, lo que corroboraba su creencia de que era pecadora: «Cada cual recordó, allá en sus adentros, alguna de las varias sentencias vulgares que sostienen como verdad la transmisión de la culpa por medio de la sangre: de tal palo, tal astilla; la cabra tira al monte; quien lo hereda, no lo hurta; de casta le viene al galgo el ser rabilargo, y así la madre, así la hija y así la manta que las cobija.» (p. 560) Los cinco refranes que expresan la misma idea ejemplifican la riqueza del refranero español.

12 Emilia Pardo Bazán, *La cuestión palpitante*, Madrid, Pérez Dubrull, 1891, p. 265.

Aunque Valera emplea muchas expresiones familiares, andalucismos y refranes en *Juanita la Larga*, raras veces imita la pronunciación popular andaluza, un procedimiento que desaprobaba. Hay solamente media docena de casos en toda la novela. En la feria nocturna un galán campesino compra al confitero yemas para su novia. El confitero le pregunta cuántas quiere y echa la pesa de cuarterón en el platillo. El galán sigue repitiendo: «¡Eche Vd. más *jierrro!*» La novia se queja de que ya es demasiado y el novio ahora repite: «¡Quite Vd. *jierrro!*» (p. 553) hasta que los dulces costarán una modesta cantidad de dinero. Valera imita aquí la pronunciación popular de la hache aspirada de los andaluces. Hay un caso parecido en *El Comendador Mendoza* cuando una criada, para explicar a su ama lo que es economía, dice *ajorro*. (p. 379)

Cuando Paco volvió de su escapada a la sierra, Juanita se dio cuenta de que le amaba y que quería casarse con él. Se lo dijo y le cantó una copla popular:

Más vale un jaleo probe
y unos pimientos asaos
que no tener un usía
esaborío a su lao. (p. 600)

Aquí Valera altera la ortografía para reproducir la pronunciación andaluza popular: la metátesis de la «r» en pobre, probe; la pérdida de la consonante inicial e intervocálica «d» que ocurre normalmente, no sólo en la lengua popular, sino también en la familiar: asados, asaos; desaborido, esaborío; lado, lao.

En *Juanita la Larga* Valera reproduce solamente dos veces los barbarismos empleados por los lugareños. Hablando a su hija, Juana no logra pronunciar manicomio y dice «*manoscomía, monomonio* o como se llame.» (p. 588) Valera enumera los platos que Juana confecciona para las grandes fiestas, incluyendo dos platos de origen francés, cuyos nombres habían sido modificados de una manera graciosa por los lugareños: chuletas a la *balsamela* (*bêchamel*) y lenguados *ingratines* (*au gratin*). (p. 535) Sólo una vez, en *Pepita Jiménez*, cuando Antoñona regaña a Luis por desdeñar a su ama, Valera excepcionalmente emplea el dialecto gitano, el caló.¹³

* * * * *

De los novelistas españoles del siglo diecinueve, Valera poseía la más extensa formación clásica. Además del latín y del griego, conocía cinco lenguas modernas—francés, italiano, portugués, inglés y alemán. Tradujo *Dafnis y Cloe* de Longo y una treintena de poemas de varias lenguas.

Se ven indicaciones de la amplitud de su formación intelectual en todas sus novelas con expresiones y citas de lenguas extranjeras y alusiones literarias, bíblicas, mitológicas e históricas. Las referencias más interesantes son las empleadas en *Pepita Jiménez* en un sentido irónico que sirven para caracterizar a los personajes y, al mismo tiempo, para satirizar sus idiosincrasias. Por ejemplo, poco después de

13 Véase Carlos Clavería, «En torno a una frase en 'caló' de don Juan Valera», *Hispanic Review*, 10 (1948), pp. 97-119.

conocerla, Luis escribe a su tío que Pepita tiene los ojos «grandes, verdes como los de Circe, hermosos y rasgados.» (p. 130) Nuestra primera impresión es que Valera solamente está alabándola, pero luego nos damos cuenta de que en la *Odisea* Circe es una hechicera y que Pepita también lo es, que ella tiene la mira puesta en Luis, y que él está cayendo bajo su encanto. Con sutil ironía Valera se burla de la inocencia de Luis y de las estratagemas que emplea Pepita para atraparle.

Falta a las alusiones en *Juanita la Larga* esta nota irónica, pero a menudo tienen un matiz exagerado que prestan humor al pasaje. A veces Valera ensarta alusiones que enriquecen el efecto. Cuando Paco encuentra a Juanita lavando ropa en la fuente, Valera la compara a Nausicaá que estaba haciendo otro tanto en la *Odisea* cuando Ulises la conoció por primera vez. Luego dice que su andar sereno se asemeja al de Diana Cazadora de la mitología romana, y al de Vénus, en la *Eneida*. Estas tres princesas y diosas clásicas ofrecen un contraste marcado con la sencilla lugareña andaluza.

Más tarde, después de haber provocado al padre Anselmo, a doña Inés y a las mujeres del pueblo, llevando a misa el elegante vestido, Juanita se dio cuenta de que había actuado de una manera irresponsable, aunque no había faltado a la moral cristiana. Valera comenta: «Juanita fue, pues, mirada, si no como paloma sin manchilla, como Magdalena arrepentida y penitente, no de la culpa, sino del conato.» (p. 576) La alusión acentúa la envidia y la estrechez de miras de la gente del pueblo. Después, Juanita la Larga, la astuta, se comporta de una manera muy comedida. Deja de ir a la fuente, no ve a Paco y cultiva a Inés, llegando a tener una amistad íntima con ella. Inés traza planes para que su padre se case con doña Angélica, una rica viuda, y que Juanita entre en un convento.

Pasan tres años. Juanita se da cuenta de que quiere a Paco y teme que vaya a perderle. Reconoce que el momento ha llegado, que tiene que resolver la situación. Da un rendezvous a Andrés en su propia casa y pide a Inés que la acompañe. Juanita dice que Inés creía que Juanita era cordera pero que, verdaderamente, era leona. Inés la había comparado a la Sulamita, la esposa pacífica y augusta del *Cantar de los Cantares*, y a la mansa Ruth. Al contrario, ella será feroz como Judith que degolló a Holofernes y a la israelita Jahel que liberó a su pueblo de la opresión de los cananeos, atravesándole la sien al caudillo Sisara con un clavo. Valera emplea cuatro alusiones bíblicas para acentuar el cambio en Juanita la cual luchará con determinación para adquirir lo que quiere en la vida, casarse con Paco. Juanita no llevará a cabo hazañas tan sangrientas como estas mujeres pero en una escena poco creíble vence a Andrés en lucha cuerpo a cuerpo. El se rinde y promete favorecer su boda con Paco. Andrés la contempla embelesado y la compara con el arcángel San Miguel, añadiendo la frase «sin alas,» lo cual sugiere que ella no era un ángel y con varias mujeres heroicas, Penthesilea, reina de las Amazonas, Clorinda y Bradamente, las heroínas de la *Jerusalén libertada*, de Tasso, y de *Orlando furioso*, de Ariosto respectivamente. (p. 624) Para consolarle, Juanita le dice que lo mismo le hubiera ocurrido a un jayán como Goliat; otra exageración. Inés, que encerrada en la habitación contigua, había visto toda la escena por la claraboya, pronto se reconcilió

con la nueva Juanita y la compara con varias mujeres que lucharon valerosamente para defender su honor—Susana, Lucrecia y Timoclea, alusiones sacadas de la Biblia y de la historia romana y griega. Valera mismo la asemeja a las heroínas de Tirso, comentario repetido posteriormente por varios críticos. En esta sección de la novela hay una acumulación de alusiones, algunas bastante oscuras, sacadas de varias fuentes. Hay que decir que aquí la erudición de Valera parece un poco excesiva.

El novelista se refiere a doña Inés como una de las dos heroínas de la novela. En verdad, ella es una mujer poco simpática, que trata de dirigir la vida de todo el mundo. Pasa el tiempo haciendo lo que Valera maliciosamente caracteriza como «obras casi siempre buenas.» (p. 545) Da la impresión de ser austera y espiritual, pero en realidad se interesa ávidamente por todos los chismes. Valera sugiere, sin decirlo abiertamente, que ella tiene relaciones amorosas con Andrés. Por primera vez Valera ha presentado con Inés y el rigidísimo padre Anselmo, personajes religiosos que son antipáticos. También es difícil de comprender ese cambio radical en Inés al fin de la novela, cuando acepta a Juanita como madrastra.

Valera se burla de las pretensiones sociales de Inés, cuya tertulia era el centro de la *high life* de Villalegre. (p. 535) Los trajes de sus niños hechos por Juana no eran «inferiores por su gracia y por su *chic* a aquellos con que la prole de un milord opulento o de un banquero inglés se engalana.» (p. 576) *High life, chic y milord* son los únicos neologismos de este tipo que Valera emplea en *Juanita la Larga*. No formaban parte del vocabulario de la sociedad de Villalegre. Por otra parte, introduce muchos en *Faustino* y *Pasarse de listo* para ridiculizar los falsos valores de los *nouveaux riches* de Madrid.

También emplea alusiones para reforzar este retrato negativo de Inés, calificándola de «una princesa de Lieven o de una madame Récamier aldeana» (p. 545), cuyos salones eran los más elegantes de París durante la primera mitad del siglo diecinueve. El adjetivo *aldeana* recalca la exageración en la comparación. Valera volverá a emplear la misma alusión en *Genio y figura*. Caracteriza los trajes hechos por Juana como «dignos de figurar en los salones de la corte y de ser descritos por Montecristo o Asmodeo» (p. 576), pseudónimos de dos periodistas que escribían crónicas de salones para los periódicos de Madrid a fines del siglo.

Valera se burla bonachonamente de la «omnipotencia bienhechora» de Andrés, el cacique y el terrateniente más rico de Villalegre. «Sin duda, don Andrés Rubio, si hubiese vivido en Roma en los primeros siglos de la Era Cristiana, hubiera sido un Marco Aurelio o un Trajano; pero como vivía en Villalegre, y en nuestra edad, se contentó y se aquietó con ser el cacique, o más bien el César o el emperador de Villalegre, donde ejercía mero y mixto imperio y donde le acataban todos obedeciéndole gustosos.» (p. 530) Valera le compara con estos poderosos emperadores romanos para terminar diciendo que era el cacique del pueblo. Después pasa a su ayudante, Paco, el secretario del ayuntamiento. «Así como Felipe II, Luis XIV [y] el Papa León X... han tenido un ministro favorito y constante,... don Andrés Rubio tenía su ministro, que, dentro del pequeño círculo donde funcionaba, era un Bismarck o un Cavour.» (p. 530) Después añade que doña Inés era «la ninfa Egeria de aquel

Numa.» Según Tito Livio, Egeria era la consejera e inspiradora de Numa, segundo rey de Roma. La exageración en estas comparaciones subraya graciosamente las posiciones relativamente modestas de estos personajes en la novela.

Valera a veces inserta en sus novelas palabras extranjeras, del latín, francés, inglés o italiano. La lengua extranjera da una nota a la vez erudita y juguetona a la frase. Es curioso constatar el que Valera emplea más extranjerismos en *Juanita la Larga*, cuyos personajes viven en un pueblo andaluz y quienes, en general, han tenido poca educación, que en sus otras novelas.

Doña Inés afirma que los bizcochos de yema que Juana hace, imitación de los hechos en un convento en Ecija, son inferiores, porque carecen del *quid divinum* (*un je ne sais pas quoi de divin*) de los confeccionados por las monjas, como si un bizcocho pudiera tener tal cualidad. (p. 581)

Cuando Andrés entra en la casa de Juanita esperando seducirla, no tiene prisa, se sienta y aguarda tranquilamente. «Aunque la discusión y el coloquio durasen media hora, serían el *andante* de un dúo y harían más vivo y más grato el *allegro* que vendría después.» (p. 621) Los términos musicales ofrecen un paralelismo festivo e irónico con las esperanzas de Andrés, porque éste será completamente humillado por Juanita en su lucha, y sus esperanzas fracasarán.

Otro recurso de Valera es la creación de nuevas expresiones españolas, empleándolas en un sentido original que aumenta el carácter costumbrista de la novela. Los arrieros que compraban vinagre en Villalegre sólo llenaban dos tercios de la corambre y la acababan de llenar con agua de la fuente, ganándose un treinta y tres por ciento. También rociaban el trigo con agua y lo dejaban secar. Así crecía en peso y volumen. La gente calificaba el agua «de muy *vinagrera* y de muy *triguera*.» (p. 537) El sustantivo vinagrero significa una persona que vende vinagre; el adjetivo triguero, algo relativo al trigo. Así Valera usa las palabras en un sentido algo diferente, sugiriendo que los arrieros eran tramposos.

Según Valera, Villalegre en esta época tenía su propia banda municipal, que tocaba en las fiestas, pero antes hacían venir a músicos de la ciudad vecina, a quienes apellidaban *traga-lentejas*. En su correspondencia, Valera usa la expresión menos delicada *caga-lentejas*.¹⁴

El Miércoles Santo Andrés ofreció una cena magnífica preparada por Juana con muchos platos, incluyendo uno de su invención: tortillas de pan rehogadas de una salsa de huevos y ajilimójili, que ella había bautizado con el nombre gracioso de *hartabellacos*. (p. 608)

En las procesiones de Semana Santa los profetas estaban vestidos sencillamente. Sus túnicas y mantos estaban hechos con sábanas, por el cual se llamaban los *ensabanados*. Al contrario, los monarcas se vestían con todo el lujo posible, llevando por túnicas los mejores vestidos de sus mujeres y por mantos las colchas más ricas de la casa, y ellos eran los *encolchados*. Debió de ser una escena muy pintoresca y

¹⁴ Juan Valera, *Cartas a su mujer*, ed. Cyrus DeCoster y Matilde Galera, Córdoba, Diputación, 1989, p. 56.

graciosa. La palabra *ensabanado*, cubierto de sábanas, por supuesto, existe. Valera creó la expresión *encolchado* por analogía, lo que contribuye al humor de esta escena pueblerina. (p. 608)

Una docena de veces Valera intercala breves trozos poéticos que dan un tono lírico a la novela. Juanita había recibido solamente unas lecciones particulares del maestro y Paco, ciertamente, no había hecho estudios avanzados. Por eso, parece natural cuando citan coplas que pertenecen a la tradición oral, pero cuando son romances de Góngora o sonetos de Lope, vemos la mano del autor que está actuando.

Valera emplea una cita de Garcilaso para burlarse graciosamente de Paco. Después de ver el beso que Andrés había dado a Juanita, y creyendo que ella le había sido infiel, Paco salió vagando por el campo, pero tuvo la precaución de llevarse consigo unas magras de puerco. Cuando tuvo hambre, sacó la carne que la madre de Juanita había guisado. Volvió a pensar en su pérdida y recordó los célebres versos: «¡Oh dulces prendas por mi mal halladas, / dulces y alegres cuando Dios quería!» (p. 592) Las prendas se refieren a los cabellos de Isabel Freire, la amada muerta del poeta. Pero pudo más el apetito, y Paco comió la carne. Echó de menos una botella de vino, pero luego su enorme pesadumbre fue vencida por el sueño y se echó a dormir. Vemos que su desesperación era muy relativa.

Después de la vuelta de Paco, Juanita le anuncia que le quiere y él está encantado. Entonces los novios se recitan mutuamente versos; Juanita, la copla popular plagada de vulgarismos que ya hemos comentado. Paco replica con el estribillo de un conocido romance de Góngora:

Las flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules,
mañana serán de miel. (p. 601)

Después de su lucha victoriosa con Andrés, para aplacarle, Juanita recita los versos de otro romance de Góngora y luego canta a Paco dos coplas populares andaluzas que caben bien en la novela.

Con la excepción de las de Galdós, las novelas sobresalientes de los últimos años del siglo diecinueve tienen un escenario provincial—*La regenta*, Vetusta (Oviedo); *Sotileza y Peñas arriba*, la provincia de Santander; *Los pazos de Ulloa* y *La madre naturaleza*, el campo gallego; *La barraca*, la huerta valenciana, y *Cañas y barro*, la Albufera; *Juanita la Larga*, un pueblo de la provincia de Córdoba. Pero *Juanita* se diferencia de estas otras novelas. *La regenta*, con su fuerte tono anticlerical, las dos novelas de Pardo Bazán, con su retrato negativo de la aristocracia rural gallega, y las de Blasco Ibáñez, con su gráfica descripción de la dura vida de los valencianos, están muy dentro de la tradición naturalista. Pereda no va tan lejos, pero nos presenta un retrato realista de los pescadores y campesinos santanderinos. En *Juanita la Larga*, al contrario, desde el principio, tenemos la impresión de que todo va a salir bien; es una novela básicamente idílica. Valera no subraya la vida penosa de los lugareños, sino el lado pintoresco.

Valera tenía una extensa formación literaria y se ve la influencia de su cultura en *Juanita la Larga*, como en sus otras novelas. Las alusiones literarias, bíblicas e históricas, su empleo de neologismos y de expresiones extranjeras dan una nota exagerada que le permite burlarse de sus dos protagonistas de una manera irónica y comprensiva. Al mismo tiempo, satiriza las idiosincrasias de otros personajes, especialmente doña Inés. *Juanita la Larga* tiene un tono muy distinto al de las otras novelas que hemos mencionado.